

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL PERUANA DE 1990

Enrique Gherzi

En el siguiente artículo, Enrique Gherzi, dirigente de la campaña presidencial de Mario Vargas Llosa, intenta explicar las causas de la derrota de Vargas Llosa en la elección presidencial peruana de 1990, así como esclarecer el porqué del vertiginoso ascenso de Alberto Fujimori Fujimori.

El análisis de Gherzi se centra en lo que él denomina el error estratégico de la campaña electoral, a saber, el abandono de la “informalidad” —el fenómeno cultural, político y económico más importante del Perú— como recurso ideológico y espacio político. Ninguna fuerza política que aspire a representar una alternativa auténtica de gobierno, se sostiene, puede ignorar dicho fenómeno, y “mucho menos abandonarlo después de haber logrado su reivindicación”.

El autor describe cómo Fujimori pasa a ocupar el espacio político que dejara Vargas Llosa, al conseguir el respaldo de una singular coalición de Iglesias evangélicas que utilizó sus misioneros con fines político-proselitistas. Junto con advertir los posibles vínculos entre la expansión del protestantismo y el aumento de las actividades

ENRIQUE GHERZI. Abogado y periodista peruano. Diputado por la ciudad de Lima. Coautor de *El otro sendero* con Hernando de Soto y Mario Ghibellini, y autor, entre otras publicaciones, de “El costo de la legalidad”, *Estudios Públicos*, 30 (otoño 1988). Profesor de la Universidad del Pacífico y de la Universidad de Lima. Fue miembro del equipo de campaña de Mario Vargas Llosa durante las últimas elecciones presidenciales en el Perú.

informales, se señala que la reacción de la Iglesia Católica ante la “conexión evangélica” de Fujimori habría producido, en último término, desconcierto y confusión entre los feligreses, todo lo cual no hizo sino contribuir a la victoria de Alberto Fujimori.

El resultado de las recientes elecciones presidenciales en el Perú ha llamado la atención en todo el mundo. No sólo porque el candidato ganador fue un completo desconocido como Alberto Fujimori Fujimori, sino porque el derrotado fue un hombre como Mario Vargas Llosa.

A la cabeza del Frente Democrático (FREDEMO), coalición de Acción Popular del ex presidente Fernando Belaúnde, el Partido Popular Cristiano de Luis Bedoya y el Movimiento Libertad fundado por él mismo, Vargas Llosa lideró las encuestas desde un año antes de las elecciones hasta estar veinte puntos por encima de su más cercano opositor.

No obstante, su campaña sufrió numerosos traspies, al extremo de desmoronarse en los últimos meses. Pese a ganar la primera vuelta, no pudo superar la barrera del cincuenta por ciento que la Constitución peruana establece para la elección presidencial y debió ir al *ballotage* con Fujimori, un desconocido agrónomo socialista de origen japonés.

Por ello estas líneas están dirigidas, en primer lugar, a esclarecer por qué se derrumbó la preferencia electoral por Vargas Llosa y, en segundo, a explicar el vertiginoso e increíble ascenso de Fujimori hasta su victoria electoral.

La trayectoria del líder

Mario Vargas Llosa es un hombre admirado en el Perú y el mundo. Novelista, ensayista y dramaturgo, es integrante de esa generación de literatos latinoamericanos que la crítica especializada calificó como el *boom* latinoamericano.

Ligado en su juventud a la izquierda marxista, rompe con ella muy rápidamente a raíz del caso Padilla, en el que Fidel Castro desarrolló la “autocrítica” como forma suprema de represión institucional, al mejor estilo estalinista. Ateo o agnóstico, como él prefiere llamarse, sus opiniones personales ejercen ya desde entonces una influencia importante.

A partir de ese momento Vargas Llosa empieza una evolución intelectual que lo llevará hacia el liberalismo, sobre todo a la luz de la revolución intelectual ocurrida en Gran Bretaña en los años previos al gobierno de Margaret Thatcher.

De regreso al Perú hacia principios de los ochenta, Vargas Llosa hace que su evolución intelectual eclosionara de forma bastante clara. Además de su profusa actividad periodística que no deja duda alguna de sus opiniones, funda con Hernando de Soto el Instituto Libertad y Democracia (ILD), primera institución dedicada a defender y promover profesionalmente las ideas liberales en el país.

En 1986 este trabajo da sus frutos más importantes con la publicación de *El otro sendero*, que Vargas Llosa prologa, y constituye un éxito de librería.

Al año siguiente, el entonces Presidente Alan García solicita al Congreso peruano la estatización de la banca y de los seguros, convirtiendo, sin quererlo, al intelectual dedicado a difundir el liberalismo en un líder político de multitudes.

En efecto, contrariamente a lo que podría esperarse, la reacción popular contra la estatización de la banca y los seguros fue bastante extraña en un país de presunta tradición socialista como el Perú. Concitó multitudes como desde muchos años no sucedía, pero lo hizo para protestar contra el Estado y defender la propiedad privada. Originalmente fue un vasto movimiento espontáneo hasta que Vargas Llosa escribió un artículo en *El Comercio* de Lima manifestándose en contra de la estatización y, como consecuencia, terminó encabezando a los pocos días un movimiento popular de enormes magnitudes que cristalizó el 21 de agosto de 1987 en una de las más grandes manifestaciones políticas de la historia peruana en la céntrica Plaza San Martín de Lima.

De novelista a candidato, la trayectoria de Mario Vargas Llosa es la de un liderazgo cívico de importancia medular en nuestra historia contemporánea. Para muchos, si bien se convirtió en liberal, nunca dejó de ser marxista por su radicalidad ideológica y espíritu combativo. Para otros, fue un auténtico caudillo. Sin embargo, sus peores enemigos siempre estuvieron entre sus antiguos camaradas marxistas quienes nunca pudieron perdonarse haber perdido al héroe de su panteón literario y quedar condenados a no tener un García Márquez peruano.

Derrota inesperada

El resultado electoral ha sido atribuido por los comentaristas políticos a diferentes razones: altivez y hasta soberbia en la candidatura de Vargas Llosa; programa liberal rechazado por el pueblo; falta de experiencia política que planteó una estrategia “demasiado” transparente; alianza

electoral con partidos tradicionales que puso en duda su independencia y una campaña parlamentaria por el “voto preferencial” que saturó al público y produjo lo que los expertos en publicidad conocen como “efecto paradójico”.

No valoro igualmente estas distintas explicaciones. La presunta altivez o soberbia me parece un argumento contra la persona, destinado a descalificar moralmente al candidato perdedor, sin discutir siquiera las razones de su derrota. El liberalismo no es el causante del resultado electoral, puesto que la ideología ha tenido muy poca importancia en esta campaña. La estrategia “demasiado” transparente no la veo como una desventaja, sino como justificación inaceptable de la maniobra y la treta políticas.

Donde sí encuentro notables problemas es en la pérdida de credibilidad que supuso la alianza con los partidos tradicionales y en el “efecto paradójico” de las campañas parlamentarias que mediatizó el carácter independiente de Vargas Llosa y diluyó su mensaje en un conjunto inconexo y contradictorio, respectivamente.

Después de diez años de democracia ininterrumpida, los partidos políticos democráticos sufren un profundo descrédito en el Perú. El ciudadano común y corriente los culpa de incapacidad, insensibilidad y aun de corrupción. Este descrédito llegó a extremos inusitados durante el gobierno del Presidente Alan García, a tal punto que las candidaturas independientes se presentaron como las únicas alternativas aceptables para la población. Esto quedó claramente acreditado con las elecciones municipales de noviembre de 1989, en donde lograron triunfos resonantes candidaturas apolíticas en Lima y Arequipa, las dos principales ciudades del Perú, y en un sinnúmero de ciudades menores.

En este contexto de extrema susceptibilidad se desarrollaron alianzas electorales para la campaña presidencial, estimuladas por el diseño electoral de la Constitución de 1979 que establece una elección directa con el requisito mínimo de superar el cincuenta por ciento de los votos y la segunda vuelta electoral en caso de que ningún candidato alcance este requisito en la primera elección.

En ese momento tal vez fue muy difícil prever los acontecimientos, porque ante todo ocupaba la atención del cálculo político la meta de superar más de la mitad de los votos en la primera vuelta electoral.

Sin embargo, es sumamente claro que desde que un candidato independiente como Vargas Llosa se alió con los partidos conservadores tradicionales, perdió buena parte del capital político que podría haberle reportado la victoria.

De hecho, el triunfo de Fujimori, cuya candidatura no tenía vínculo formal alguno con ningún partido tradicional, vino a corroborar el aserto. En política hay, lamentablemente, sumas que restan.

Las características institucionales de la elección parlamentaria también contribuyeron negativamente a la campaña de Vargas Llosa. El Perú tiene un sistema bicameral parlamentario con elección directa por listas completas y voto preferencial.

El voto preferencial es un sistema en el cual los electores, si bien votan por las listas completas presentadas por los partidos u organizaciones políticas, tienen el derecho de preferir dentro de ellas hasta a dos candidatos, en cuyo caso se les computa sólo a ellos el voto. Esta facultad hace que los electores puedan alterar el orden de las listas presentadas por los partidos y elegir a las personas de su preferencia. Independientemente del juicio que pueda merecernos el sistema mismo, es sumamente claro que crea estímulos muy poderosos para desplazar la competencia política entre los partidos al interior de las listas, provocando así un gran enfrentamiento interno. Como consecuencia, cada candidato debe realizar su propia campaña para disputarse las preferencias de quienes sufragarán por su lista compitiendo con sus propios compañeros.

En el caso de la reciente campaña presidencial, esta competencia llegó a extremos asombrosos porque los candidatos estaban respaldados por coaliciones. Consiguientemente, en un mismo listado, diferentes grupos políticos y candidatos debían competir arduamente por los escaños parlamentarios. Esta competencia dio al electorado una impresión muy negativa y produjo, a no dudarlo, una pérdida de poder de convencimiento de los mensajes por saturación publicitaria.

No obstante, todas estas explicaciones se me presentan más como efectos que como causas del resultado electoral. Creo que la causa principal de la derrota es otra y distinta, inclusive concomitante con el propio inicio de la campaña presidencial. Desde mi punto de vista no fueron principalmente errores tácticos los que provocaron la debacle, sino más bien un grave error estratégico: haber abandonado la informalidad como recurso ideológico y espacio político.

La revolución informal

La publicación de *El otro sendero* dejó claro en el Perú lo que era un secreto a voces: seis de cada diez peruanos viven y trabajan al margen de la ley en la llamada economía informal.

Desde ese momento empezó a dominar el debate nacional el tema de la informalidad, pero sin tener necesariamente una expresión política cabal.

Originalmente, Vargas Llosa surge en la política como una voz de protesta dirigida a reivindicar los derechos económicos, además de los derechos políticos, para todos los peruanos. Su victoriosa lucha contra la estatización de la banca logró capacidad de convocatoria porque obtuvo el respaldo entusiasta de las clases populares y, entre ellas, de los informales, que son, precisamente, los que carecen de derechos económicos de forma más evidente.

Así, su discurso político inicial tuvo un fuerte acento en el capitalismo popular y, como se dice en mercadeo, lo “posicionó” correctamente: talleres de solidaridad empresarial entre artesanos y pequeños empresarios; acción solidaria en los barrios pobres; profusos contactos en el agro con el movimiento parcelero abrieron un nuevo espacio político para los informales que, siendo la inmensa mayoría del país, no habían tenido hasta entonces más alternativas que la violencia o la discriminación. Ello se reflejó en las primeras encuestas de opinión, revelando un inesperado respaldo para un candidato presidencial presuntamente ubicado en la derecha del espacio electoral. Con sorpresa, los enemigos de Vargas Llosa descubrieron que éste era popular aun entre los humildes de las ciudades y los agricultores olvidados del campo.

Sin embargo, en el momento en que la campaña electoral empieza, el “posicionamiento” inicial de Vargas Llosa no se cristaliza políticamente. En vez de dirigentes barriales, ambulantes o transportistas, varios ex-presidentes de la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas del Perú (CONFIEP) pueblan sus listas parlamentarias. Lentamente el capitalismo popular y la informalidad se van convirtiendo en un tópico y dejando de ser una realidad política. Lentamente los representantes de la gran empresa formal fueron copando el terreno en desmedro de los informales. El espacio se fue cerrando paulatinamente.

Si ya era un costo la alianza con los partidos tradicionales, el abandono de la informalidad como espacio político fue el más grave error de la campaña de Vargas Llosa. No obstante, ese error solamente se hizo palpable cuando hubo alguien dispuesto a ocupar el espacio abandonado entre los informales. Alberto Fujimori logró conseguir admirablemente este propósito.

Mario Vargas Llosa empezó a perder votos y Alberto Fujimori empezó a ganarlos en el momento en que quedó en claro que el espacio político original de aquél había sido abandonado y que tenía ya un nuevo ocupante.

De repente fue también muy importante la campaña de satanización que con admirable tesón para la infamia desató el propio ex Presidente Alan García. De repente, no se explicaron oportunamente los beneficios de un programa de gobierno que pretendía liberar mercados y mentes. De repente se cometieron múltiples errores derivados de la inexperiencia o el entusiasmo. Pero nada de ello hubiese provocado tanto daño de no haberse abandonado un espacio político tan fundamental.

La única manera de explicar a Fujimori y su meteórico ascenso es entendiendo que la informalidad es el más importante fenómeno cultural, político y económico de nuestro país y que ninguna fuerza política que pretenda auténticamente representar una opción de gobierno puede ignorarlo o, mucho menos, abandonarlo después de haberlo reivindicado exitosamente.

Cristo en campaña

Entre la primera y segunda vuelta se descubrió el singular *modus operandi* utilizado por Fujimori para ocupar el espacio político abandonado por Vargas Llosa. Su base original de respaldo fue una curiosa coalición de Iglesias evangélicas que utilizó sus misioneros para fines político-proselitistas.

De esa forma, Fujimori pudo llegar casi artesanalmente a los informales y transmitirles un mensaje político muy elemental dirigido a destacar más las insatisfacciones ajenas que las propias virtudes. Así al grito de “el chino es la voz”¹ empezó un movimiento político que habría de llevarlo a la presidencia.

La prensa difundió extensamente la “conexión evangélica” de Fujimori, al extremo de revelar presuntas cartas de dirigentes de esas denominaciones a sus creyentes e inclusive propaganda donde se destacaba que el “hermano Fujimori” iba a darles a los evangélicos los mismos privilegios que a la Iglesia Católica. Los folletos propagandísticos de algunos grupos evangélicos fueron un poco más allá, repitiendo conocidas acusaciones contra la Iglesia Católica, particularmente en el caso de los Testigos de Jehová y otros grupos menores.

El crecimiento del protestantismo en el Perú merece un análisis aparte, aunque debemos reconocer que durante la última década es un fenómeno ampliamente difundido en diferentes países latinoamericanos.

¹ Por una curiosidad cultural, pese a su origen japonés, Fujimori es conocido popularmente en el Perú como el “Chino”.

De hecho, Guatemala y Perú son los que exhiben los avances más espectaculares, al extremo de que muchos antropólogos hablan ya de un proceso masivo de conversión religiosa.

No es propósito de este artículo elucidar las causas del crecimiento del protestantismo, pero no se puede dejar de señalar la vinculación de este fenómeno con la informalidad. Coinciden en el tiempo la expansión de las denominaciones evangélicas y el crecimiento de las actividades informales, sugiriendo poderosamente que una gran proporción de los migrantes hacia las ciudades habría comenzado a cambiar su credo religioso, a la par que sufría una discriminación económica que la obligaba a trabajar en la ilegalidad. Muy probablemente una identificación de la Iglesia Católica con el *statu quo* que llevó a muchos informales a recurrir a otras formas de religiosidad para expresar su rechazo a la sociedad mercantilista de privilegio.

La “conexión evangélica” de Fujimori creó una gran angustia en la jerarquía católica, tradicionalmente preferida por el Estado peruano y con una influencia mayoritaria en la población. Reaccionaron, en principio, los principales obispos con voces de rechazo bastante duras contra lo que entendían como una agresión injustificada por parte de las “sectas”.

Lentamente esas voces de protesta se convirtieron en una indignación que desconcertó a los feligreses. La Iglesia Católica en el Perú desde fines de la década del sesenta ha estado claramente dividida en dos sectores antagónicos. De un lado, “los reformistas”, partidarios de la Teología de la Liberación y de las llamadas reformas estructurales; de otro, los “conservadores”, enemigos de la Teología de la Liberación y partidarios de una Iglesia más espiritual y menos comprometida con las luchas sociales.

Esta división separó muy acremente a la Iglesia en casi todas las materias, al extremo de que el episcopado peruano se negó a condenar la Teología de la Liberación antes de la Instrucción Ratzinger. Los obispos reunidos empataron la votación. El anciano cardenal Juan Landázuri Ricchetti se negó a dirimir esta disputa, manteniendo su tradicional indecisión.

Sin embargo, durante la campaña electoral asumió como nuevo Arzobispo de Lima y primado de la Iglesia Católica, monseñor Augusto Vargas Alzamora, un jesuita de enorme experiencia pastoral y docente.

Acostumbrados al viejo estilo de Landázuri, los católicos muy pronto descubrieron que Vargas Alzamora era mucho más dinámico y moderno, expresando el espíritu renovador que Juan Pablo II le ha impuesto a la Iglesia.

Desde que asumió el cargo, Vargas Alzamora se mostró resuelto a emprender la nueva evangelización del Perú y devolverle a la Iglesia la influencia y la cohesión que sus conflictos internos la habían hecho perder.

Dejó muy en claro que era un hombre de carácter. No obstante, nada de ellos iba a ser equiparable a los tormentosos días que transcurrirían entre la primera y segunda vueltas electorales.

Descubierta la conexión evangélica y difundidos algunos documentos que la acreditaban, la reacción católica fue realmente espectacular.

El nuevo arzobispo Vargas Alzamora pasó muy rápidamente a la ofensiva y, frente a la sorpresa de una grey acostumbrada a ver dividida a la jerarquía, los obispos “conservadores” y “progresistas” salieron a rechazar enérgicamente la infiltración de las “sectas” tras de la candidatura fuji-morista.

Es verdad que cada cual usó su propio argumento. Unos rechazaban a las sectas por ser protestantes, herejes y blasfemas. Otros, por ser agentes del “imperialismo yanqui”, defensoras del control de la natalidad o corruptores de la juventud. Pero en todos los casos, la agresividad verbal contra las denominaciones evangélicas alcanzó niveles completamente desconocidos en un país en el cual existe libertad de credos desde principios de la república.

El colmo del paroxismo católico llegó cuando se descubrió que aparentemente algunos evangélicos habían insultado a la Virgen María en unos panfletos publicitarios distribuidos subrepticamente.

La poca seriedad de este descubrimiento nunca fue aceptada, aunque debemos reconocer que hay una enorme posibilidad de que el panfleto en cuestión haya sido una falsificación.

En cualquier caso, la facilidad con que la jerarquía reputó válido el descubrimiento sugiere poderosamente que en esa situación se andaba más bien en búsqueda de un pretexto y que casi cualquier cosa podría haber sido tomada como tal.

Así la Iglesia Católica dio el paso supremo. El nuevo Arzobispo de Lima ordenó la salida en procesión extraordinaria de “El Señor de los Milagros”, la más venerada efigie católica de América latina.

Tradicionalmente esta procesión es un evento de gran recogimiento religioso que se lleva a cabo durante el mes de octubre de cada año, mezclando el fervor cristiano con manifestaciones de folclor y cultura populares realmente extraordinarias. Esta vez, “El Señor de los Milagros” salió en procesión no en octubre sino en mayo y no para curar enfermos o hacer maravillas, sino para conjurar el demonio protestante y cambiar un resultado electoral.

Lo más curioso de todo fue que, con esta actitud, la jerarquía católica terminó recurriendo a “El Señor de los Milagros” para respaldar al candidato agnóstico y liberal Vargas Llosa, contra el católico y socialista

Fujimori, apoyado, a su vez, por los evangélicos, tenaces defensores del capitalismo.

El reino de la gran confusión

Contrariamente a lo que la jerarquía esperaba, ninguna de sus invocaciones al Cristo milagroso sirvieron para exorcizar a Fujimori del diablo evangélico.

Por el contrario, lo único que causaron fue una gran confusión. Las clases medias y altas, muy poco representativas de la mayoría de la población, entendieron el mensaje político nada sutil que la “guerra santa” quería transmitir. Pero las clases bajas, inmensa mayoría de la población, quedaron completamente confundidas.

Nunca se entendió por qué el nuevo Arzobispo sacó las andas de “El Señor de los Milagros” fuera de temporada y, contrariamente a lo que la jerarquía esperaba, quienes encontraron algún argumento creyeron que era en contra del “ateísmo” de Vargas Llosa.

Paradójicamente se produjo, así, una de las confusiones más patéticas de la historia peruana. La Iglesia Católica quería cerrarles el paso a los evangélicos, pero terminó desorientando a tal extremo a la gente que muchos pensaron que había que votar contra Vargas Llosa, pues grandes calamidades podrían llegar al Perú si una persona que públicamente había manifestado su impiedad llegaba a ocupar la primera magistratura.

El beneficiado resultó ser Alberto Fujimori, aunque a la postre la Iglesia Católica pudo también lograr su objetivo de distanciar al nuevo Presidente de las denominaciones evangélicas.

En efecto, electo ya Fujimori, su vinculación con sus otrora aliados protestantes ha tendido a enfriarse crecientemente, al extremo de haberse roto las relaciones personales entre el Presidente y el segundo Vicepresidente, Carlos García y García, Jefe del Consejo Evangélico Peruano.

No obstante haber conseguido alejar a Fujimori de los evangélicos, la Iglesia Católica tiene con él en la actualidad las relaciones más frías y tensas que jamás hayan tenido con un Presidente en toda la historia de nuestro país. Los ecos de la “guerra santa” aún están por “escucharse”.

Colofón

Vargas Llosa perdió, ciertamente, la batalla política, pero cada vez va quedando más en evidencia que ganó la batalla ideológica. Un Fujimori socialista se ve obligado ahora a gobernar imitando, con bastante impreci-

sión, la propuesta de Vargas Llosa. Ya nadie habla en el Perú de estatizar, ni de controlar, ni de expropiar. Ya nadie defiende a la burocracia ni a la empresa pública. Todos, incluida la propia izquierda marxista, son ahora “liberales” y se esfuerzan por hablar de mercado y competencia.

Sólo se yerguen contra estas nuevas ideas victoriosas el fanatismo y el terrorismo de Sendero Luminoso, dispuesto todavía a enarbolar los pendones del comunismo fundamentalista, una religión secular cuyo destino final está ya sellado por la historia de los hombres. □